

LIBRO CUADRAGÉSIMO TERCERO

PASO DEL NIEMEN

Continuación de los sucesos del Norte. — Disipando una victoria de los rusos junto al Danubio toda apariencia de debilidad por su parte, dispone el emperador Alejandro enviar á Mr. de Nesselrode á París, á fin de ajustar amistosamente las diferencias suscitadas con Francia. — Al saberlo Napoleón y no estando por esta misión pacífica trata al príncipe Kourakín con frialdad extremada, y manifiesta respecto de la misión de Mr. de Nesselrode disposiciones que obligan á la Rusia á renunciar á ella. — Ultimos y vastos preparativos de guerra. — Inmensidad y distribución de las fuerzas reunidas por Napoleón. — Movimiento de todos sus ejércitos sobre una línea que se extiende desde los Alpes hasta las bocas del Rin y avanza hacia el Vístula. — Sus precauciones para llegar insensiblemente hasta el Niemen sin provocar á los rusos á invadir la Polonia y la Vieja Prusia. — Orden expedida á Mr. de Lauristón para usar de lenguaje pacífico, y envío de Mr. de Czernicheff para persuadir al emperador Alejandro de que sólo se trata de una negociación apoyada por una demostración armada. — Alianzas políticas de Napoleón. — Tratados de cooperación con la Prusia y el Austria. — Negociaciones para anudar una alianza con Suecia y la Puerta. — Esfuerzos para que estallen las hostilidades entre América é Inglaterra, y probabilidad de conseguirlo. — Ultimas disposiciones de Napoleón antes de dejar á París. — Situación interior del imperio: carestía, rentas, estado de los ánimos. — Situación de San Petersburgo. — Modo con que la misión de Mr. de Czernicheff es acogida por el emperador Alejandro. — Ilustrado éste por los movimientos del ejército francés y por los tratados de alianza concluidos con Prusia y Austria, se decide á ir á su cuartel general, afirmando siempre que está pronto á entrar en negociaciones. — Al enterarse Napoleón de esta marcha ordena un nuevo movimiento á sus tropas, envía á Mr. de Narbonne á Wilna para atenuar el efecto que debe producir este movimiento, y sale de París el 9 de mayo de 1812, acompañado de la emperatriz y de toda su corte. — Llegada de Napoleón á Dresde. — Reunión en esta capital de casi todos los soberanos del continente. — Espectáculo prodigioso de poderío. — Advertido Napoleón de que el príncipe Kourakín ha pedido sus pasaportes encarga á Mr. de Lauristón dar un nuevo paso cerca del emperador Alejandro, con el fin de precaver hostilidades prematuras. — Ilusorias esperanzas respecto de Suecia y Turquía. — Miras relativamente á Polonia. — Probabilidades de ser reconstituida. — Envío de Mr. de Pradt como embajador de Francia á Varsovia. — Regreso de Mr. de Narbonne á Dresde después de haber desempeñado su misión en Wilna. — Resultados de esta misión. — Ya transcurrido el mes de mayo, sale Napoleón de Dresde para dirigirse á su cuartel general. — Horribles sufrimientos de los pueblos hollados por nuestras tropas. — Napoleón en Thorn. — Inmenso aparato del ejército y excesivo desarrollo de los estados mayores. — Providencias de Napoleón para poner remedio. — Su acogida al mariscal Davout y al rey Murat. — Su permanencia en Dantzick. — Vasto sistema de navegación interior para transportar nuestros convoyes hasta el centro de Lituania. — Llegada á Koenigsberg. — Ruptura definitiva con Bernadotte á consecuencia de noticias que se reciben de Suecia. — Declaración de guerra á Rusia, fundada en un pretexto especioso. — Plan de campaña. — Llegada á las orillas del Niemen. — Paso de este río el 24 de junio. — Contraste de los proyectos de Napoleón en 1810 y de sus empresas en 1812. — Funestos presentimientos.

Desde el mes de noviembre último habían permanecido Napoleón y Alejandro en actitud de observación, armando el uno en represalias del otro y de continuo, Alejandro no deseando la guerra, temiéndola por el contrario, resuelto no obstante á hacerla más bien que á sacrificar el decoro y el comercio de su nación, y entretanto no descuidando nada para terminar su lucha con Turquía, ya por las armas, ya por las negociaciones; Napoleón por su parte, no deseando precisamente la guerra, decidido á hacerla por ambición mucho más que por gusto, y preparándola con actividad extremada, porque estaba fatalmente convencido de que estallaría tarde ó temprano, lo cual era cierto, si de Rusia exigía una sumisión absoluta, como la de Prusia y la de Austria. En situación semejante, estando ya dicho todo sobre la toma de posesión del territorio de Oldemburgo, sobre la admisión de los neutrales en los puertos rusos, sobre el origen de los recíprocos armamentos de Francia y de Rusia, y no teniendo nada que comunicarse sobre estos asuntos ya cansados, se callaban y obraban uno y otro. Ora se organizaba éste, ora aquel cuerpo: se dirigía el uno hacia el Dvina ó el Dnieper, ó el otro hacia el Óder ó el Vístula. Pero siguiendo de esta suerte, pronto se iban á hallar unos frente á otros, con la

espada al pecho y dispuestos á degollarse. Todos los hombres juiciosos y honrados en Rusia, en Francia, en Europa, unos por razón y humanidad, otros por motivos honrosamente interesados de patriotismo, se decían con dolor que persistiendo algunos días más en silencio y actividad tales, correrían torrentes de sangre desde el Rin hasta el Volga. Mr. Louristón, el más activo de los que experimentaban tan notables sentimientos, no se daba mano á escribir á París que no se quería la guerra en San Petersburgo, que sólo á más no poder se haría y de una manera terrible, y que sin embargo, si Francia se prestaba á contemplar algo la susceptibilidad rusa, á conceder alguna cosa al príncipe de Oldemburgo, á acomodarse á un poco más de rigor contra el pabellón de Inglaterra, podría estar segura de conservar la paz, sucediera lo que sucediere en los otros puntos de Europa. A fuerza de insistir en esto, acabó por hacer que se le escaparan á Napoleón algunos arranques, bien que sin amargura, como éste: *Lauristón se deja atrapar*; arranques á los cuales añadió Mr. de Basano por su cuenta despachos llenos de ceguedad y de arrogancia. Con el desconsuelo de que en París no le dieran oídos, se esforzaba Mr. de Lauristón porque se le oyera en San Petersburgo, aplicándose á demostrar la inutilidad y el

peligro de lanzarse contra Napoleón á una nueva lucha (de lo cual estaba perfectamente convencido), y repitiendo que al cabo de algunos días más de este silencio estirado y torpe, unos y otros acabarían por hallarse al borde de un abismo. Con instancia y con la dignidad de una convicción sincera, pedía que se enviaran á París instrucciones al príncipe Kourakín, para procurar á todos los asuntos cuestionados una explicación satisfactoria, persistiendo hasta la saciedad en que nada de lo que al parecer dividía á las dos naciones valía la pena de una guerra. En el mismo sentido obraban los dos gabinetes de Berlín y de Viena, el uno de buena fe, el otro por prudencia. Prusia descubría nuevos azares en una nueva conflagración europea, en la cual se vería obligada á tomar parte, y su sesudo rey Federico Guillermo no era de los que pensaban que, cuando se hallaba mal, necesitaba agitarse, á riesgo de quedar peor todavía. Además la obligación de ponerse al lado de Napoleón, si estallaba la guerra, hería su sentimiento germánico, que, por estar reprimido, no era menos sincero. Anhelaba, pues, la paz con ardor, y había hecho llegar á San Petersburgo vivas instancias, y propuesto hasta sus buenos oficios, pasos que se recibieron desdenosamente, ofendidos como estaban en Rusia de no contar á Prusia de su parte. Aunque presintiese Austria que una nueva lucha de Francia y de Rusia le proporcionara ocasión de restablecer sus asuntos á expensas de la una ó la otra, no temía menos la guerra, sobre todo previendo la necesidad de ser aliada de Francia, y así no cesaba de predicar la paz en San Petersburgo. Su intervención había ofrecido, y fué tan mal acogida como la de Prusia. Importunada Rusia á consecuencia de instancias que daban á entender que de ella dependía el reposo, respondió á los ministros de ambas potencias: «Aconsejad la paz á otros, puesto que tanto os importa; aconsejadle especialmente á los que quieren la guerra, y me obligan á prepararla á pesar mío (1)».

A fuerza de oír repetir que era menester explicarse antes de pasarse á cuchillo, que cerca de Napoleón estaba el príncipe Kourakín gastado, y siendo más idóneo para la representación que para los negocios, no alcanzaba á aplacar la querrela, se acabó en San Petersburgo por volver los ojos á un hombre muy capaz de restablecer la buena inteligencia, si podía ser restablecida, á Mr. de Nesselrode, secretario principal de la legación de París, muy joven entonces, pero ya muy notable, talento delicado, perspicaz y prudente, que desde esta época inspiraba grande confianza al emperador Alejandro, de quien Napoleón hacía mucho más caso que del príncipe Kourakín, y que á la sazón se hallaba en San Petersburgo con licencia. Se le había oído decir después de su vuelta de la capital de Francia que, en queriendo aún se podía arreglar todo; que Napoleón no era tan apasionado por la guerra como se creía generalmente; que con él había necesidad de explicarse directamente, de hablar claro y sin ambages, y que procediendo de esta suerte se podía lograr satisfacción y llegar á un honroso ajuste. De consiguiente se había pensado en Mr. de Nesselrode é intentado enviarle á París con instrucciones y poderes para tratar todas las cuestiones reciente-

(1) Hablo á tenor de los mismos despachos prusianos y austriacos. (N. del A.)

mente suscitadas, y menos envenenadas por lo que se había callado. Halagado se mostraba Mr. de Nesselrode de que se le eligiera para tal misión á su edad, y dispuesto á no perdonar nada para salir airoso. Desgraciadamente lo mismo que le halagaba así hacía sombra á Mr. de Romanzoff que, muy interesado en precaver la guerra, experimentaba celos de resultados de los adelantos del joven diplomático y de la confianza que Alejandro parecía manifestarle. Por tanto oponía á esta misión ciertas objeciones, bien que por otra parte estuviere pronto á hacer muchos sacrificios en obsequio de la paz y hasta de la alianza con Francia. Una objeción de Mr. de Romanzoff, que influía sobre el ánimo de Alejandro á causa de la susceptibilidad rusa, era que parecía que imploraba la paz enviando un diplomático con misión especial de negociarla, sobre todo no siendo los rusos los primeros autores de las providencias consideradas justamente como provocadoras.

Sin embargo, un suceso feliz para los rusos, sobrevenido en Turquía, proporcionó una coyuntura, que se resolvió no desperdiciar, para enviar á Mr. de Nesselrode á París sin apariencia de flaqueza. El general Kutusoff, encargado á la sazón de dirigir la guerra, se había aprovechado de la incuria de los turcos, que después de recuperar á Rutschuk quedaron inactivos, les había atraído cerca de Nicópolis fingiendo intención de pasar por allí el Danubio, y después lo había cruzado por cerca de Rutschuk, sorprendido el campamento del visir, dispersado parte de sus tropas, y tenía á las demás estrechamente bloqueadas en una isla del río. Esta victoria, que al parecer debía obligar á la Puerta á entrar en tratos, produjo grande alborozo en San Petersburgo, donde se supo en noviembre de 1811. Autorizóse inmediatamente al general Kutusoff para abrir una negociación y proponer la paz desistiendo de las primeras pretensiones rusas. Así no se pedían ya las provincias del Danubio, esto es, la Besarabia, la Moldavia y la Valaquia, sino la Besarabia y la Moldavia tan sólo, esta última hasta Sereth; una especie de independencia para la Valaquia y la Servia, un pequeño territorio á la parte del Cáucaso, en la embocadura del Phase, y una suma de veinte millones de piastras á título de indemnización de guerra. Sobre estas bases comenzaron las conferencias en Giurgewo, conviniéndose en un armisticio de muchos meses. A cada instante se esperaba en San Petersburgo ver llegar un correo con la noticia de la conclusión de la paz.

Aunque estos resultados fueran menos brillantes que los soñados por Alejandro, pues se había lisonjeado de añadir de un mismo golpe á su imperio la Besarabia, la Moldavia y la Valaquia, además de Finlandia, no dejaban de ser excelentes, y la sola adquisición de la Finlandia y la Besarabia señalaba de una manera harto ruidosa los principios de un reinado, que prometía no ser corto. Pero estos resultados le convenían más bajo otro aspecto, el de poder enviar á Mr. de Nesselrode á París, sin que se achacase á debilidad en los salones de San Petersburgo. Dueño de todas sus fuerzas con el término de la guerra junto al Danubio, tanto parecía dar la paz como recibirla, aun prescindiendo de que se hallaba en aptitud de obtenerla mucho más ventajosa.

Preparáronse pues las instrucciones para Mr. de Nes-

selrode: Alejandro se tomó el trabajo de redactarlas de su puño, y autorizó á Mr. de Lauristón para anunciar la próxima partida del nuevo plenipotenciario. Un grado más se dió á Mr. de Nesselrode en la diplomacia rusa, para que se presentara revestido con todas las señales de la confianza imperial. Impacientemente se aguardaba un último correo de las márgenes del Danubio, á fin de que Mr. de Nesselrode partiera justamente en el momento de ser conocido el término de la guerra de Turquía, y de tener á la vez al tratar más dignidad y más fuerza.

Informadas fueron de estas disposiciones las diversas cortes del continente, y con especialidad las de Prusia y Austria. Mr. de Lauristón escribiólo todo á París con la visible satisfacción de un buen ciudadano, más encantado de haber obrado bien que seguro de que fuera aprobada su conducta, pues harto se traslucía en su lenguaje que dudaba mucho de agrandar á su corte, trabajando por el mantenimiento de la paz con tanto ahinco.

A pesar de despacharse muchas veces la noticia de la partida de Mr. de Nesselrode, no llegó á París con todos los caracteres de certidumbre hasta mediados de diciembre. Mucho desconcertó á Napoleón, y contrarióle por más de un motivo. Ya había tenido conocimiento de los reveses de los turcos, de quienes dijo *que habían obrado como bestias*, y miraba el fin de la guerra de Turquía como el principio de la guerra de Francia. Efectivamente, siempre había creído que los rusos no aguardaban más que esta ocasión para declararse en su contra, y colocarle entre condiciones inaceptables ó la guerra, alternativa para la cual su elección estaba hecha de antemano. Sobre esto la noticia del viaje de Mr. de Nesselrode no le dejó la menor duda, y conjeturó que Rusia juzgaba punto menos que terminada la guerra con Turquía, y se apresuraba á aprovechar la coyuntura para dictarle condiciones. Motivo había aquí para irritarse hasta lo sumo y sentirse impulsado á un estallido, á lo cual estaba muy inclinado, si no hubiera concebido un plan vasto, que exigía por su parte el más profundo disimulo. Protestando siempre de su deseo de la paz, repitiendo que no se armaba sino por pura precaución, quería llegar sucesivamente al Óder, luego al Vístula, antes que hubieran cruzado el Niemen los rusos, á fin de salvar los inmensos recursos en granos y forrajes, que se hallaban en Polonia y la Vieja Prusia, recursos que no dejarían de destruir los rusos, si les dejaban tiempo, pues se vanagloriaban sin recato de estar prontos á convertir sus provincias en un desierto, al modo que en Portugal lo habían ejecutado los ingleses. Así, cuanto más lejos comenzara este desierto, menos grande sería la masa de lo que se necesitara llevar consigo. Por esto, después de asegurarse Napoleón en Dantzick, pensaba ahora en asegurar la navegación del Frische-Haff de resultas de sus negociaciones con Prusia, á fin de pasar por agua desde Dantzick á Koenigsberg, y luego desde Koenigsberg á Tilsit. Sólo desde el Niemen pensaba servirse de los transportes por tierra, y se lisonjaba de que, llevando víveres consigo á distancia de doscientas leguas, podría hundir el acero en el corazón de la Rusia. Todo este plan iba á quedar desbaratado si los rusos le tomaban la delantera, si cayendo sobre la Vieja Prusia de improviso y sobre Polonia las convertían en un desierto, quemando los graneros y llevándose consigo los

ganados. Se necesitaba, pues, llegar poco á poco, sin ruido, sin ruptura al Vístula, y después al Prégel antes que el enemigo: se necesitaba también, y esto no importaba menos, retardar las hostilidades hasta el verano de 1812, pues la condición de los inmensos transportes que Napoleón había preparado, exigía la reunión y el mantenimiento de una gran porción de caballos, y si ellos habían de transportar su alimento, valía más desembarazarse de llevarlos, pues no se podría acarrear el alimento de los hombres. Con efecto, si los seis mil carros con sus tiros correspondientes habían de ir cargados de avena y no de trigo, no había para qué llevar consigo tan vasto aparato. Con el fin de evitar el inconveniente, se debía empezar la campaña por junio. Entonces se cubría la tierra hacia el Norte de forrajes y mieses, y apacentando á los caballos de la caballería, de la artillería y del tren, que pasaban ya de cien mil y debían elevarse á ciento cincuenta mil muy pronto, con las cosechas de los rusos todavía en hierba, se aseguraba el mantenimiento de todos los animales que se llevaran en el territorio enemigo. Había pues necesidad de estos animales para el mantenimiento de los hombres, y de la llegada del verano para el mantenimiento de estos animales. Por afanosos que los rusos prendieran fuego á sus campos, no quemarían las hierbas. Añádase que con los inmensos preparativos que había que llevar á remate, aun tomándolos con anticipación de dos años, no eran de desperdiciar dos meses, como Napoleón lo sabía por experiencia, y que teniendo los rusos por arma la destrucción, y él la creación de los recursos, no era el tiempo un elemento necesario para ellos, al paso que para él era indispensable.

Por estas profundas razones era menester deslizarse en cierto modo hacia el Vístula, y ganar, no sólo terreno, sino tiempo sin producir una ruptura. Para salir airoso en este designio, nada mejor que el estado de la querrela obscura, indecisa, en que se repetía indefinidamente... Armáis... Yo también... Vos habéis empezado... No tal, sino vos... No queremos la guerra... Ni nosotros tampoco, y otros propósitos de esta especie, muy insignificantes en apariencia, pero muy calculados por parte del que con estas réplicas enojosas ocupaba meses enteros, ganaba de diciembre á enero, de enero á febrero, y esperaba ganar todavía hasta junio de 1812. Como una explicación clara y categórica debía poner término á esta situación tan útil á los designios de Napoleón, y como la llegada de Mr. de Nesselrode iba á provocarla, no le convenía de ningún modo (1). Por mucha destreza que Napoleón empleara, por mucho que supiera dominarse á sí mismo cuando en tal cosa ponía el empeño, con la penetración de un hombre como Mr. de Nesselrode era imposible no venir á un cabal esclarecimiento, á una solución afirmativa ó negativa sin ambages, después de la cual no habría más que marchar de seguida unos contra otros. Pero, según acababa de verse, le importaba que los rusos llegaran al Nie-

(1) En materia tan grave, como en la que lo fuera menos, me desagradaría suponer nada. Pero las cartas más terminantes de Napoleón á las tres ó cuatro personas investidas con su confianza, el príncipe Eugenio, el mariscal Davout, Mr. de Cessac, y el mismo Mr. de Lauristón no dejan duda alguna sobre la realidad de este cálculo. Más adelante se citarán pruebas materiales irrefragables. (N. del A.)

men y los franceses al Prégel antes de declararse la guerra, y diciendo de continuo que era necesario explicarse, sin explicarse nunca á pesar de todo.

De consiguiente, formó la resolución de dar al punto sus últimas órdenes militares, y al par se dedicó de la manera más conveniente á impedir el viaje de Mr. de Nesselrode á París, guardándose no obstante de ofender á la Rusia y de impulsarla á una ruptura inmediata. Veía al príncipe Kourakín muy á menudo; sabía á causa de haberse esparcido el rumor por Europa, que el envío de Mr. de Nesselrode á París estaba cercano, y no dijo al príncipe Kourakín ni una palabra sobre este punto, silencio inexplicable del todo si no era desaprobador de la misión proyectada. No se limitó á esto, sino que, explicándose sobre el asunto con el ministro de Prusia, que debía necesariamente de recoger sus palabras y de transmitir las á Berlín, desde donde el deseo de ser útil á la causa de la paz podría hacerlas llegar hasta San Petersburgo, no dijo nada precisamente que se pareciera á la intención de no recibir á Mr. de Nesselrode; pero mostróse frío, remiso, casi descontento, y pareció desaprobador el ruido que se metía con esta especie de misión extraordinaria, pues en su concepto, así se empeñaba el amor propio de las dos potencias, haciéndolas más exigentes é inclinándolas á escatimar las concesiones. A esta desaprobación indirecta de la misión de Mr. de Nesselrode añadió en ocasión muy importante una marcada frialdad hacia la legación rusa. El primero de año, día destinado á las recepciones, apenas dirigió la palabra al príncipe Kourakín, que muy atento á las pequeñeces, no dejó de notarlo y dedujo que la misión de Mr. de Nesselrode no tenía probabilidad de buen suceso, ó por llegar tarde ó por mover á desagradar. Más grave fué aún el ruido de las órdenes expedidas por Napoleón, ruido siempre bastante, por pequeño que sea, para llegar á los oídos del embajador peor informado de lo que ocurre. Napoleón había encargado la discreción más absoluta, pero tantas gentes estaban en el secreto, tan difícil era ocultar algunas de las órdenes aquellas por su índole y su gravedad, que el arcano, posible para el vulgo, no lo era para una diplomacia que pagaba muy bien las traiciones. Con efecto, Mr. de Czernicheff, ayudante del emperador Alejandro con misión en París á menudo, había ganado á un empleado, que le revelaba los secretos más importantes del ministerio de la Guerra. Por estas diversas causas el príncipe Kourakín llegó á saber todo lo que Napoleón había mandado y lo que había mandado no podía dejar duda alguna acerca de la resolución irrevocable de las próximas hostilidades.

Ante todo había prescrito á Mr. de Cessac, ascendido á intendente de ejército, que preparara el senado-consulta para el sorteo de la quinta de 1812, providencia necesariamente muy significativa, puesto que, habiendo ya recibido los cuadros toda la quinta de 1811, estaban sobradamente llenos para un aumento de pura precaución. Además había pedido á los gobiernos alemanes que suministraran su contingente completo, y lo había exigido no sólo á los principales, como los de Baviera, Sajonia, Wurtemberg, capaces de guardar un secreto, sino á todos los pequeños príncipes, á los cuales no había manera de dirigirse sin que se divulgara pronto el hecho. A los mariscales Suchet y Soult había escrito en

cifra para que le enviaran sin demora los regimientos llamados del Vístula, regimientos excelentes de que se podía servir en Polonia. Órdenes había comunicado para el pronto regreso de la joven guardia, acantonada en Castilla, y para el de los dragones, destinados á volver á Francia regimiento por regimiento. Esto explica cómo después de haber hecho convergir todo en España sobre Valencia, con la idea de hacerlo refluir sobre Portugal de seguida, había concentrado de improviso hacia Castilla las fuerzas disponibles, en vez de concentrarlas hacia Portugal, de modo que aprovechándose los ingleses del movimiento hacia Valencia para tomar á Ciudad Rodrigo, se aprovecharon poco después del movimiento hacia Castilla para tomar á Badajoz.

Independientemente de estas órdenes, Napoleón dirigió hacia el Rhin, no los destacamentos de la guardia, que se hallaba en París mismo, lo cual produjera harta sensación, sino los que estaban acantonados en sus alrededores, tales por ejemplo como los regimientos de la guardia holandesa. De nuevo apremió para las compras de caballos en Alemania, las cuales no se hacían tan de prisa como era de su agrado, y puso en marcha los batallones de los trenes, cuya organización estaba ya concluida, haciéndoles transportar zapatos, aguardientes y en general diversos objetos de equipo. Ultimamente expidió la primera orden de movimiento al ejército de Italia. Teniendo que atravesar este la Lombardía, el Tirol, la Baviera, la Sajonia para hallarse en línea junto al Vístula con el ejército del mariscal Davout, debía estar en movimiento lo menos con un mes de anticipación á los otros, si se quería que no produjese retraso. Sin embargo, como de todas las providencias que tenía que adoptar era esta la más ruidosa, pues no cabía hacer que este ejército evacuara la Italia, arrancándole de sus cantones para andar media Europa, sin ser cosa decidida la guerra, aplicóse á guardar bien su secreto, y escribió al príncipe Eugenio directamente, cuidando de evitar que intervinieran las oficinas. A este príncipe recomendó que aprestara sus divisiones en Brescia, Verona y Trieste para mediados de enero, á fin de que en los últimos días del propio mes se hallaran prontas á marchar con el material todo. Aunque para enero las pedía, no contaba con ellas hasta febrero, sabiendo con su experiencia suma que no es mucho conceder un mes á los retrasos inevitables. Tenía el proyecto de hacer partir las tropas de Italia á fines de febrero, y de no mover las del mariscal Davout sino en todo marzo, llevándolas no obstante de un modo rápido hacia el Vístula en el caso de que la noticia del movimiento del ejército de Italia indujera á los rusos á adelantarse sobre el Niemen. De no ser así proponíase empujar lentamente sus columnas hacia el Vístula, donde no deseaba tenerlas antes de mediados de abril, para llevarlas de seguida junto al Prégel á mediados de mayo, y junto al Niemen á mediados de junio. Empleando así tres meses en trasladarlas á este último río desde el Elba, hombres y caballos debían llegar descansados, hallándose en el teatro de la guerra con todo su contingente y equipo.

De todas estas providencias no ignoró la legación rusa más que la partida del ejército de Italia, fiada sólo al príncipe Eugenio, y el llamamiento de los polacos de España, pedido á los mariscales Soult y Suchet por

despachos en cifra. Pero conocía todas las otras y bastaban para desvanecer cualesquiera dudas si vestigios podían quedar de ellas en punto á principiar las hostilidades para el presente año de 1812. Con efecto, el príncipe Kourakín no abrigó ya ninguna desde los primeros días de enero. El silencio evidentemente voluntario, guardado con él acerca de la misión de Mr. de Nesselrode, la frialdad inusitada á todas luces que se le había manifestado, y que contrastaba con las atenciones de que comunmente era objeto, y por último todas las disposiciones divulgadas por el público susurro, equivalían á una demostración completa. Así el príncipe Kourakín despachó el 13 de enero un correo extraordinario á su corte, para enterarle de cuanto había sabido y observado por sí propio, y declararla que en su concepto la guerra estaba decidida, y que era menester aprestarse al punto para sostenerla. Órdenes pedía también para los casos extremos, como el de abandonar á París por obligarle las circunstancias. Quizá lo sensible que fué á las frialdades de la corte dió más vivacidad á su convencimiento, pero si su disgusto personal le había impulsado á decir que la guerra estaba decidida, este disgusto había servido para ilustrarle, pues lo estaba de veras ya entonces de un modo irrevocable.

Cuando los despachos del príncipe Kourakín llegaron á San Petersburgo, se pensaba todavía en enviar á monsieur de Nesselrode á París, y sólo se aguardaba la circunstancia determinante de un correo de Constantinopla para ordenar su partida. Desgraciadamente no llegaba el correo, y Mr. de Romanzoff, por celos del joven negociador, abusaba de este retraso. Partido el 13 de enero el correo del príncipe Kourakín, llegó el 27 á San Petersburgo, y produjo la sensación más viva. Al leer los despachos que llevaba, dióse asenso al dictamen del embajador y se tuvo por inevitable la guerra.

Ya había mucha propensión á creer que la actual crisis no tendría otro desenlace, y antes que someterse á todas las voluntades de Napoleón como Prusia y Austria, antes que sacrificar las reliquias del comercio ruso, se había resuelto arrostrar las últimas extremidades. Con todo, de la previsión del hecho al hecho mismo, siempre existe una diferencia que los hombres sienten de una manera muy viva, y así tan profundamente afectó la seguridad de la guerra en San Petersburgo que Mr. de Lauristón pudo decir con fundamento que estaban allí consternados. Entonces la opinión general de Europa era que se exponía á tanto peligro el que hiciera frente á Napoleón, á su genio, á sus ejércitos valerosos; tan formidables recuerdos eran los de Austerlitz, de Jena, de Eylau, de Friedland, que, aun con el más noble sentimiento de patriotismo, con los odios ardientes de la aristocracia europea contra nosotros, inspiraba cierta especie de terror la idea de volver á comenzar una lucha que tan mal había salido siempre. Además si esta vez se repetía tan adversa fortuna, podía muy bien suceder que se consolidara del todo la dominación que se trataba de echar abajo, y que Rusia cayera en el segundo orden á que habían descendido Prusia y Austria, y á que tanto horror se tenía. La Providencia, que tan bien guardaba sus arcanos, aun no había revelado el suyo, y los rusos ignoraban que estaban en vísperas de su grandeza, y Napoleón todavía ignoraba más que estaba en vísperas de su caída. Sin embargo de estos

arcanos providenciales siempre se trasluce algo por el genio y aun por la pasión á las veces.

La pasión, que tan frecuentemente ciega y que por rareza ilustra, había esta vez revelado parte de la verdad á los rusos. Se decían que había derrotado á sus ejércitos en 1807, pero que estuvo á pique de hundirse en sus lodazales, ó de morir de hambre ó de frío en medio de sus escarchas. Se les venía á la memoria la catástrofe de Carlos XII: asimismo les ocupaba la reciente miseria á que se redujo á Massena en Portugal á fuerza de devastaciones, y que se divulgó por toda Europa con una especie de bárbara jactancia; y dondequiera repetían que, sin quemar los campos ajenos á semejanza de los ingleses, sino incendiando las propias campiñas, reducirían á Napoleón á una situación todavía más horrorosa que la de Massena. Así en todas las filas del ejército ruso oíase decir que habría necesidad de quemarlo y destruirlo todo, y de retirarse en seguida al fondo de Rusia sin empeñar batalla, que entonces se vería lo que podía el terrible emperador de los franceses en llanuras taladas, desprovistas de granos para sus soldados, de hierba para sus caballos, y que, nuevo Faraón, perecería en la inmensidad del vacío, como el otro en la inmensidad de las olas. Este plan de evitar los grandes encuentros y de retirarse aniquilando, germinaba en la mente de todos, y cabe decir que no hubo quien no fuera general en tan solemnes circunstancias.

Entre los oficiales del emperador Alejandro había también caracteres más fogosos que otros que le aconsejaban convertir en desierto más territorio, no aguardando á Napoleón junto al Niemen, no dejándole así los ricos graneros de Polonia y la Vieja Prusia, sino invadiendo al punto estas comarcas, pertenecientes unas á la odiosa Polonia por la cual venía la guerra, otras á Prusia, que por debilidad se iba á aliar con Napoleón, ocupándolas no más que algunos días, destruyéndolo todo, y evacuándolas sin más tardanza.

Pensando Alejandro lo mismo que todos los oficiales y soldados de su ejército sobre este punto, era muy de parecer que se opusieran á Napoleón las distancias y la ruina, que se rehusaran las batallas, y que se engolfaran en lo interior de Rusia, sin perjuicio de hacer alto y de pelear cuando estuvieran los franceses abrumados por la fatiga y por el hambre; pero no opinaba con los que pretendían invadir desde luego la Polonia y la Vieja Prusia para talarlas. Tomar la ofensiva, adelantarse, equivalía á proporcionar al gran ganador de batallas la eventualidad de un triunfo en los mismos países adonde se iba á contenerle, equivalía también á compartir la responsabilidad de la agresión cuando menos á los ojos de los pueblos, y Alejandro, antes de pedir á su nación los últimos sacrificios, deseaba que el universo todo se convenciese de que la agresión no era suya.

Por último había otra razón de que Alejandro hablaba menos, si bien influía en su ánimo fuertemente, y era que mientras se pudiese armonizar la paz con el decoro quería conservarla, y no comprometerla de resultados de una imprudente iniciativa. Por su parte Mr. de Romanzoff, cuya política se había fundado en la alianza francesa, y que iba á perder con la guerra la base de su sistema y el verdadero motivo de su presencia en los consejos del imperio, se lisonjaba todavía de que, cuando Napoleón se hallara junto al Vístula y Alejan-

dro sobre el Niemen, se podría entablar una especie de negociación armada, y de que en vísperas de engolfarse en vías espantosas habría quizá más condescendencia por ambas partes; de que Napoleón mismo, después de haber tocado más de cerca las dificultades de una guerra tan lejana, se mostraría menos exigente, y de que acabarían por entenderse en el último instante por medio de un compromiso que salvara el honor de todos; debil esperanza sin duda, pero á la cual no se podían decidir á renunciar ni Mr. de Romanzoff ni Alejandro.

Sobre estas bases el emperador de Rusia determinó el sistema de guerra que convenía adoptar en unión de su ministro y de algunos generales investidos con su confianza. Decidióse que se tendrían dos ejércitos numerosos, todos los elementos de los cuales estaban ya reunidos, uno junto al Dwina, otro junto al Dnieper, dos ríos que, naciendo á algunas leguas uno del otro, corren aquél hacia Riga y el Báltico, éste hacia Odesa y el mar Negro, y describen así una línea transversal del Noroeste al Sudeste, constituyendo, por decirlo de tal modo, la frontera interior del grande imperio ruso. Teniendo estos dos ejércitos junto al Niemen sus avanzadas, se retirarían concéntricamente á la aproximación del enemigo, le presentarían una masa compacta que sería lo menos de doscientos cincuenta mil hombres, y á la cual se esperaba poder añadir muy en breve el número de cien mil en reservas. Otro tercer ejército de unos cuarenta mil hombres se mantendría en observación hacia el lado de Austria y se daría la mano con el del Danubio, que ascendía á sesenta mil soldados, y estos dos ejércitos, según los sucesos de Turquía, se encaminarían al teatro de la guerra, y de esta suerte harían subir á cuatrocientos mil hombres la suma total de las fuerzas rusas.

Estos medios, independientemente del clima, de las distancias y de los destrozados proyectados, tenían un valor considerable y alimentaban la confianza de los rusos; pero otros motivos contribuían además á fortificarla. Según pensaban los rusos, la opinión representaría un importante papel en esta lucha, y los que logran ponerla de su parte obtendrían una grande ventaja. No se les ocultaba que la misma Francia, aun cuando condenada á guardar silencio, no aprobaba estas guerras continuas, en las cuales se derramaba su sangre á torrentes por objetos que no se hallaban á su alcance, desde que sus fronteras no sólo habían llegado sino dejado atrás á los Alpes, al Rhin y á los Pirineos. No ignoraban que, después de un inmenso entusiasmo hacia la persona de Napoleón, empezaba á nacer un odio sordo en su contra y podía estallar al primer descalabro; que este odio en Alemania no tenía el carácter de sordo y oculto, sino de público y ardiente, más violento aun que en España, donde el agotamiento de fuerzas lo había amortiguado algún tanto; que en los Estados aliados como Baviera, Wurtemberg, Sajonia, los pueblos se irritaban cruelmente contra sus príncipes de resultados de sacrificarlos á un soberano extranjero por el puro interés de un ensanche de territorio, y que entre ellos figuraba la quinta como la más odiosa de las instituciones; que en Prusia, además de todos los males inherentes á las continuas guerras, se experimentaba el desconsuelo de la grandeza ya perdida; que en Austria,

calmada algún tanto después de la paz y del matrimonio, nutría la corte más aversión que nunca contra Francia, y se echaba amargamente de menos la Italia y sobre todo la Iliria; que por último en el Norte, y en la misma Polonia, se sentían padecimientos que amonaban mucho el entusiasmo hacia Napoleón, y aumentaban adictos á la opinión de algunos magnates polacos, los cuales entendían que la Polonia debía reconstituirse, mas no por Francia, sino por Rusia, poniendo la corona de los Jagelones en las sienes de Alejandro ó de algún príncipe de su familia. Y era verdad que la infortunada Polonia, no teniendo otra riqueza que sus trigos, sus maderas y sus cañamos, que no podían cruzar el puerto de Dantzick desde que el bloqueo continental fué establecido, padecía de un modo horrible; que allí la nobleza estaba arruinada, el pueblo abrumado por las contribuciones, la ciudad de Dantzick, de rica población comercial transformada en población belicosa, reducida á la última miseria. Tanto había conmovido el espectáculo de estos males al general Rapp, fino cortesano, si bien de corazón excelente, que se atrevió á ponerlos en noticia del mariscal Davout, diciendo que, si el ejército francés sufría una sola derrota, estallaría una insurrección general desde el Rhin hasta el Niemen y al punto. A pesar de distinguirse el mariscal Davout, por frío y severo, de atender poco á los padecimientos de que participaba antes que nadie con sus soldados, y de guardar el silencio que imponía á los demás sobre públicos negocios, transmitió á Napoleón las cartas que el general Rapp le había escrito, acompañándolas con estas notables palabras:—«Con efecto, señor, recuerdo que el año de 1809, á no ser por los milagros de V. M. en Ratisbona, nuestra situación hubiera sido muy apurada en Alemania.»

Tales verdades harto tristes para nosotros eran las que, agregándose al convencimiento de sus fuerzas efectivas, inspiraban á los rusos la confianza de emprender una lucha formidable. Se decían por tanto que si la guerra ofrece azares crueles, también los presenta ventajosos; que, si Napoleón encontraba en Rusia las llanuras de Pultawa, á semejanza de Carlos XII, toda la Alemania se levantaría á su espalda; que los príncipes aliados se verían obligados por sus respectivos pueblos á desprenderse de su alianza; que la misma Polonia acogería la idea de reconstituirse de otro modo que por mano de Napoleón, y que Francia exangüe, cansada de los sacrificios que le costaba una ambición sin límites y sin objeto razonable, no haría ya los esfuerzos de que en otro tiempo se mostrara capaz con el fin de sostener su grandeza.

Estos motivos confirmaban á Alejandro en la resolución de poner todos los desmanes de parte de Napoleón y ninguno de la suya, de no tomar la iniciativa de la agresión, de plantarse á las márgenes del Niemen sin cruzarlo, y de aguardar al enemigo, sin salirle al encuentro, en una actitud formidable, pero reservada. Esta conducta le parecía preferible de todo punto, militar y políticamente, sin contar que así salvaba la última eventualidad de la paz, siendo siempre posible que una negociación venturosa hiciera caer en el último instante las armas de manos de todos. Este sistema fué llevado hasta el extremo de dejar al contrario la iniciativa de todos los actos evidentemente provocativos, como la